

1-Tomando en cuenta los textos de M. Agulhon y de E. Hobsbawm (“La política de la democracia”), señale cuáles son las diferencias entre los partidos mencionados por cada autor. Explique el por qué de esas diferencias.

2-En base a los textos de E. P. Thompson y de W. H. Sewell, explique en qué medida la formación de la clase obrera puede ser entendida como consecuencia de la Revolución Industrial y qué importancia asignan ambos autores a las tradiciones y experiencias de los trabajadores para entender las diferencias de aquel proceso en los casos de Inglaterra y de Francia.

1. El problema de la organización de la democracia tuvo un rol elemental en la construcción del concepto de ciudadanía. El surgimiento del sufragio acarrió consigo la necesidad de establecer cierto procedimiento por el cual los ciudadanos pudieran elegir a sus representantes. Así emergen en la escena política los partidos, a los cuales no podemos definir de la misma manera en la que definimos a los partidos políticos modernos.

Agulhon plantea que a pesar de que los partidos políticos (refiriéndose al sentido moderno que le damos al término) no existían en la Francia del siglo XIX, las salas de redacción de los periódicos se parecían lo suficiente a estos para poder ser analizadas como tales. De esta manera, el autor caracteriza a dos agrupaciones políticas: el partido de los notables y el partido demócrata socialista (la montaña).

El primero de estos es caracterizado por Agulhon como el heredero indiscutible de las ideas contrarrevolucionarias. Con una mirada del orden como la representación de la obediencia y el inmovilismo, este partido se posiciona como la representación del sector conservador francés; siendo su bastión ideológico la defensa de la religión, la familia y la propiedad. Como indica el nombre de esta agrupación, gran parte de la población que adhería a esta lo hacía porque los hombres que pertenecían a ella eran notables; es decir, hombres que ya eran socialmente reconocidos antes de debutar en la arena política.

El segundo, por otro lado, encarnaba a las ideas progresistas francesas y a la acción política siempre presente en Francia. La montaña también creía en el orden pero caracterizaba a este igualándolo con las leyes, tomando así una posición que podríamos caracterizar como pacifista. A diferencia del partido de notables, la montaña conseguía gran parte de su adhesión mediante la difusión de su prensa, siendo los lectores de sus diarios la base de esta agrupación.

A diferencia de la caracterización de los partidos planteada por Agulhon, Hobsbawm retoma un análisis en una época distinta; desarrollando una teorización de los partidos en los años posteriores a 1870, que se caracterizaron por una ampliación de la democracia en el sentido descriptivo del término (es decir, se sumaron más ciudadanos a la participación electoral). A partir de esto, las elecciones pasan a formar la única vía por la cual se puede acceder a los puestos del gobierno; y comienzan a aparecer los partidos políticos modernos en Europa; y estos partidos comienzan a replicar las formas organizativas del Estado.

Estos partidos toman el modelo norteamericano (en Estados Unidos el surgimiento de los partidos fue anterior al europeo) y se constituyen solo con el fin de ganar elecciones. En este sentido, la conceptualización de los partidos que hace Hobsbawm tiene un carácter mucho más cívico que el de Agulhon (quien los teorizaba alrededor de ideas y movimientos políticos ya existentes). Además, Hobsbawm plantea que estos partidos poseen una identidad propia, que no necesariamente se constituye en base al programa del partido en sí sino que toma la forma de una *religión cívica*.

Hobsbawm afirma que, a partir de esto, la movilización política de las masas era la consecuencia lógica de este sistema. Debido a esto, a partir de este momento los políticos debían referirse siempre a esta masa, que empezaba a constituir un conjunto de intereses muy amplio, sin una definición tajante de estos. Así es cómo, a partir de este momento, se empieza a dejar atrás a la política de notables para dar lugar a esta nueva y colosal política de masas.

2. La conformación de la clase obrera fue un proceso que se dió de distintas maneras a lo ancho de Europa. Marx planteó, analizando a la Revolución Industrial, que la cercanía física de los trabajadores entre sí propiciada por la expansión de la economía fabril desembocaría en la toma de conciencia de clase por parte de estos. Aunque esta tesis pueda parecer hasta obvia, hubo un caso particular en el cual los hechos no se desarrollaron de esta manera: el francés.

Sewell plantea que Francia, a pesar de no tener una industrialización tan acelerada como Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX, fue uno de los países líderes en el desarrollo del socialismo. La coexistencia de la profunda conciencia de clase de los trabajadores rurales y artesanales franceses evidencia la falta de causalidad entre el “despegue” de la industrialización y la formación de la clase obrera, contrariamente a lo propuesto por Marx. De todos modos, que Francia no haya experimentado un *take-off* a la inglesa no significó que la industria atravesara un estancamiento o retraso.

Las principales diferencias entre la experiencia inglesa y francesa fueron principalmente de índole demográfica y geográfica. Por un lado, el desmesurado crecimiento poblacional que sufrió Inglaterra no puede ni compararse con el francés. Según lo planteado por Sewell, este bajo crecimiento demográfico permitió a Francia mantener grandes índices de crecimiento en la renta per cápita, a pesar de la falta de industrialización (comparándola con Inglaterra). Este bajo crecimiento de la población significó también que las ciudades francesas no tuvieran una expansión territorial similar a las inglesas. Por esta razón, dice Sewell, “la problemática del espacio urbano es mucho menos importante para la historia de la formación de las clases en Francia que en Gran Bretaña”; planteando esta *continuidad relativa de la experiencia de los obreros* como una de las consecuencias que el modelo de industrialización francés tuvo sobre la formación de las clases de este país.

La otra consecuencia expuesta por Sewell fue que, debido a este bajo crecimiento industrial francés, fue que la mayoría de los trabajadores siguieron siendo artesanos (a diferencia de Inglaterra, donde la mayoría eran trabajadores de fábricas). En la Francia de esta época, la protesta obrera siempre es la protesta artesana: estos trabajadores ya tenían una larga experiencia de organización en corporaciones de trabajadores, que regulaban la actividad y propiciaban distintos tipos de ayuda y socorro mutuo a los artesanos del rubro. Estas unidades corporativas fueron tejiendo lazos de solidaridad entre los trabajadores, dándole un carácter social al trabajo que realizaban: este debía tener un marco de reglamentación colectiva y los hombres que lo ejercían debían pertenecer a esta corporación moral. Esta experiencia brindó las bases para que, luego de la Revolución Francesa, pudiera surgir una verdadera conciencia de clase en el territorio francés.

Por otro lado, la industrialización en Inglaterra (caracterizada por un fuerte despegue o *take-off*), tuvo un impacto muy distinto en la formación de las clases inglesas debido a su naturaleza, muy distinta a la de la industrialización francesa. Hobsbawm plantea que, a

principios del siglo XVIII, hubo un aumento en el ingreso medio de los trabajadores ingleses. Sin embargo, esto no tuvo por qué significar que el despegue industrial inglés haya mejorado las condiciones de vida de los obreros.

A pesar de que algunos indicadores cuantificables indicaron mejoras económicas que beneficiaban a los trabajadores ingleses, no se puede establecer una relación causal con un mejoramiento de la calidad de vida y satisfacción obrera. El traslado masivo de la producción de mercancías a las fábricas significó una precarización de las condiciones de vida de los trabajadores, quienes se veían afectados por las largas y demandantes jornadas laborales, sumado a la incorporación a la industria laboral de sus esposas e hijos, quienes también empezaron a padecer las consecuencias de esta explotación industrial.

Estos trabajadores, al ver que sus patrones se alejaban cada vez más de los obreros que trabajaban en sus fábricas, imposibilitando una comunicación que permitiera establecer acuerdos mutuos para garantizar ciertos derechos laborales; y al ver que cada vez se acercaban más a los funcionarios estatales, para garantizar la continuidad de las condiciones laborales de la época; comenzaron a conformar una conciencia de clase. Los obreros fabriles también empezaron a conceptualizar un enemigo en común, encarnado no solamente por los patrones sino también por el Estado inglés, que acordaba con estos. A partir de la década de 1830 comienzan a estallar conflictos entre trabajadores y empresarios, reclamando los primeros mejores condiciones de trabajo y de vida.